

estar; ño, ña por señor, -ra; *namorá* por *enamorada*, ya que el verbo *namorar* está ampliamente documentado en la lengua clásica³; la apócope de -l y -r (p. 157), así como la asimilación de r trabada a la consonante inmediata (p. 150), pudieron apoyarse en la repugnancia de las lenguas africanas por los finales de palabra consonánticos, aunque también son fenómenos hispánicos generales (andal. *caló, doló, delantá, canne, hace'le*); sin negar rotundamente su posibilidad, no creo que quede probada la hipótesis de que la aspiración y pérdida de -s final se deba a influencia africana, por ser fenómeno mucho más general (quizá, aquí también, pueda pensarse en el influjo negro como causa coadyuvante).

En el capítulo siguiente ("Léxico afronegroide: su etimología y uso pasado y actual") se estudia con gran minucia y rigor algo más de un centenar de voces de ascendencia africana cierta o posible. De esos términos, sólo unos veinte pertenecen al habla común de Puerto Rico, y los restantes corresponden al lenguaje popular de las zonas costeñas, donde es más alto el porcentaje de habitantes negros⁴.

De nuevo debemos expresar al profesor Álvarez Nazario nuestro reconocimiento por su valiosa aportación al estudio del habla hispanoamericana y por su seria dedicación a los problemas dialectales de Puerto Rico. En este libro plantea algunos problemas de enorme interés, y las soluciones que para ellos propone son muy dignas de tomarse en consideración.

J. M. LOPE BLANCH

Universidad Nacional de México.

PETER BOYD BOWMAN, *El habla de Guanajuato*. Universidad Nacional Autónoma, México, 1960; 441 pp. (*Publicaciones del Centro de Estudios Literarios*).

La dialectología mexicana permanece todavía en estado embrionario; los estudios sobre el español de México publicados hasta ahora son muy pocos; y las monografías serias apenas llegan a la media docena. Ciertamente que Henríquez Ureña hizo observaciones penetrantes y exactas, pero de carácter muy general, sin entrar en detalles y sin detenerse nunca a realizar estudios particulares sistemáticos. Investigaciones de importancia son, sin duda, las de Marden y Matluck sobre el habla de la capital

³ Cf., por ejemplo, F. RODRÍGUEZ MARÍN, *Dos mil quinientas voces castizas...*, Madrid, 1922, p. 257, con testimonios de Boscán, Arias Montano y el Romancero.

⁴ Algunos comentarios más: *Quimbambas* (p. 204) se usa también en España, aunque no lo consignan el DCEC ni el DRAE. *Ora*, por *ahora*, es común en todo México y en otros muchos países hispánicos desde antiguo, por lo que no caracteriza al habla de los negros de Cuijla (p. 148). Quizá la acepción 'mono' que pose la voz *chango* no se derive de la de 'persona bromista, tonta y remilgosa', sino que realmente sea lo contrario (p. 243). La costumbre de "mentar la madre" como forma de insulto rebasa los límites de lo africano, aunque coincida con los hábitos de la lengua kikongo (p. 187, nota). Para el estudio de la palabra *bululu* es importante el artículo de P. GRASES, "La idea de *alboroto* en castellano", *BICC*, 6 (1950), 384-430. Quizá hubiera sido conveniente usar transcripciones fonéticas en el caso de ciertas palabras de origen africano, pues las grafías empleadas no son siempre enteramente comprensibles para los legos en aquellas lenguas.

mexicana, pero se refieren sólo al dominio de la fonética. Relativos a las zonas dialectales del interior del país, únicamente existen tres o cuatro trabajos de positivo interés: el de Víctor M. Suárez sobre el español de Yucatán; el de Estrella Cortichs sobre el de Tepetzotlán; el de Daniel N. Cárdenas sobre el de Jalisco, aunque éste, por desgracia, está todavía inédito; y las distintas investigaciones de Rosario Ma. Gutiérrez Eskildsen referentes al habla de Tabasco. Del reciente libro de Susana Francis sobre la lengua chiapaneca, tan reducido y equivocado en no pocos puntos, he dado cuenta en otro lugar¹.

Dado este raquitismo de la bibliografía dialectal mexicana, es lógico que recibamos con expectación y júbilo todo libro que sobre el español de México se publique; y más cuando —como sucede en el caso de la obra de Boyd-Bowman— descubrimos que el estudio está hecho con rigor y dedicación. Es justo señalar desde este momento que *El habla de Guanajuato* es la primera investigación de una zona dialectal mexicana hecha de manera sistemática y científica. Boyd-Bowman ha utilizado como guía para su estudio el *Cuestionario lingüístico hispanoamericano* de Tomás Navarro, adaptándolo a la particular modalidad de la zona estudiada y ampliándolo en las ocasiones en que lo ha creído necesario. Con tan buena guía, y gracias también a esa acertada labor personal de adaptación y ampliación, los resultados no podían dejar de ser altamente satisfactorios. Pensemos que es éste el primer libro de dialectología mexicana que se ha hecho siguiendo un cuestionario determinado, científicamente concebido, y no “a la buena de Dios”, dejando al azar la cosecha de los materiales y al capricho del investigador la clasificación y estudio de los mismos. La bondad y el rigor del método explican la superioridad indiscutible de esta monografía sobre todas las que la han precedido.

El estudio es muy completo: a la indispensable *Introducción* histórico-cultural (pp. 9-25), que acaso pueda parecer un poquito prolija en algún detalle de importancia secundaria, siguen las tres partes fundamentales del estudio lingüístico: *fonética* (pp. 27-95), *morfología* (pp. 97-211) y *sintaxis* (pp. 213-241). La parte *léxica* (pp. 243-321) no se reduce al clásico vocabulario general del dialecto (que Boyd-Bowman documenta satisfactoriamente), sino que reúne además una lista de los modismos y locuciones más usuales en la región, otra de sinónimos y expresiones figuradas, otra de los eufemismos populares empleados para designar el dinero, y dos estudios de *palabras y cosas*; el primero —breve, esquemático— sobre la alfarería guanajuatense, y el segundo, mucho más amplio y detallado, sobre la minería, principal fuente de trabajo de la población. La amplia bibliografía, en la cual no se descubre ninguna

¹ Cf. *ALM*, 1 (1961), 219-223. Del trabajo de E. CORTICHS sobre *El habla de Tepetzotlán*, presentado como tesis en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional (México, 1951), se hizo una edición de autor muy reducida; puede verse uno de sus capítulos, el relativo a “palabras y cosas”, en la *NRFH*, 8 (1954), 137-155. El estudio de DANIEL CÁRDENAS sobre *El español de Jalisco (Contribución a la geografía lingüística hispanoamericana)* fue presentado también como tesis en la Universidad de Columbia en 1953. Los ensayos de GUTIÉRREZ ESKILDSEN aparecieron en *IL*, 1 (1933-34), 20-25, 265-312; 3 (1935), 306-310; 5 (1938), 78-85. Y en forma de libro, como estudio más completo, con el título de *El habla popular y campesina de Tabasco*, México, 1941.

omisión de importancia, las conclusiones y la lista alfabética de todas las palabras estudiadas completan la obra.

Desde que Henríquez Ureña subdividió la gran zona dialectal hispanoamericana que abarca el suroeste de los Estados Unidos, México y la América Central, en seis regiones distintas², muy poco —por no decir nada— es lo que se ha progresado en esta labor de demarcación de subdialectos o hablas regionales. Para la segunda de las zonas delimitadas por Henríquez Ureña, la del altiplano central de México, propone ahora Boyd-Bowman una subdivisión que me parece acertada y que podrá servir como base para análisis lingüístico-geográficos todavía más detallados; la altiplanicie abarca, de acuerdo con su división, cinco regiones distintas: *el Valle de México* (que incluye el Distrito Federal, el Estado de México y parte del de Hidalgo), *el Oriente* (Puebla, Tlaxcala y las tierras altas de Veracruz), *el Bajío* (Querétaro, Guanajuato, Michoacán y parte de Jalisco), *el Norte* (Zacatecas, Aguascalientes, San Luis Potosí y parte de Hidalgo) y *el Occidente* (Colima, Nayarit y la mayor parte de Jalisco). Es de desear que en un futuro no lejano se hagan estudios de geografía lingüística que permitan establecer definitivamente las fronteras de todas las hablas regionales de México.

Las condiciones culturales de Guanajuato no facilitan ciertamente la investigación dialectal: la ciudad, fundada hace algo más de cuatro siglos, fue uno de los principales centros de cultura durante la época colonial; en 1732 los jesuitas inauguraron un importante colegio, que pronto recibió todo el apoyo del intendente Riaño y Bárcena, y que con el correr de los años evolucionaría hasta convertirse en la actual Universidad del Estado. La proporción de intelectuales y personas cultas es muy alta en Guanajuato. Además “los estudiantes y profesores de la Universidad ejercen una poderosa y constante influencia en la vida y el habla de la capital, e indirectamente —a través de los estudiantes que llegan de otras regiones— en la de todo el Estado” (p. 16). Por otra parte, la influencia de las lenguas indígenas ha sido siempre muy pequeña y, hoy en día, puede decirse que resulta enteramente nula. Del millón de habitantes que en 1940 poseía el estado de Guanajuato, sólo el 0.5% era bilingüe, y los que hablaban únicamente alguna lengua indígena no llegaban siquiera al 0.1% (unas ochocientas personas en total). La ciudad de Guanajuato, capital del Estado, cuenta con buenas vías de comunicación, que la ponen en contacto directo con otras regiones de la República y sobre todo con la ciudad de México, merced a lo cual la fuerza niveladora de la capital se ejerce constantemente sobre Guanajuato. Sólo para un investigador cuidadoso y metódico podría resultar atractiva una zona tan vagamente diferenciada; y Boyd-Bowman ha sabido descubrir los menores rasgos característicos del habla guanajuatense. Cierto que no ha podido hallar fenómenos lingüísticos de singular relieve ni mucho menos tendencias evolutivas innovadoras, como quizá podrán descubrirse en otras zonas del país, pero tampoco ha sido ése su propósito. “Más que concentrarnos en las peculiaridades regionales, tratamos de relacionar la lengua de Guanajuato con la de las demás regiones hispá-

² En sus “Observaciones sobre el español en América”, *RFE*, 8 (1921), 357-390, y con mayor detalle en *BDH*, 4, pp. xx y 334-340.

nicas", nos dice (p. 20). Sin embargo, cuando se ha encontrado ante algún hecho lingüístico interesante, no ha dejado de analizarlo con todo el detenimiento requerido; así, el estudio de la aspiración de *h*- inicial es amplio y convincente (pp. 65-69). Y, en todas las ocasiones, ha tenido el acierto de analizar los hechos lingüísticos propios del habla guanajuatense dentro del mundo dialectal al que pertenecen, vinculándolos estrechamente con los fenómenos propios del habla hispánica, sin limitarse a consignar escuetamente los hechos descubiertos, para no dejar al lector la tarea de situarlos en el ámbito lingüístico a que cada uno pertenezca.

Como complemento de su estudio —estudio de un habla urbana y de alto promedio cultural— Boyd-Bowman decidió investigar el habla rústica de alguna comunidad de tipo agrícola, y eligió para ello el pueblo de Romita, situado en las cercanías de la ciudad, y cuyo nivel cultural difiere esencialmente del de Guanajuato. Nos muestra así cómo es la lengua culta del estado, cómo el habla urbana media y cómo la campesina rústica, y tiene siempre buen cuidado de precisar a cuál de estos tres distintos niveles culturales corresponden los hechos lingüísticos estudiados, para evitar que el lector pueda conceder a alguno de ellos un alcance que no le corresponda³.

El estudio de la palatalización de *s* (> *ch*) en el lenguaje afectivo e infantil (pp. 72-77), así como el de los hipocorísticos (pp. 138-149), son ejemplos de análisis riguroso y preciso; en este segundo caso Boyd-Bowman no se limita a reunir y ordenar las formas hipocorísticas, tan abundantes en México, sino que analiza además su peculiar fonetismo y sus particularidades morfológicas (terminaciones afectivas, distintos sufijos diminutivos, etc.)⁴. También están perfectamente registrados los distintos valores del sufijo *-ada* en la formación nominal (pp. 108-110), si bien en este caso particular tal vez habría sido conveniente especificar con qué auxiliar (*dar*, *echar*, *hacer*, *pegar*, *poner*) se usa cada uno de los post-verbales formados mediante dicho sufijo: *dar* una amolada, *echar* habladitas, *hacer* una cochinateda, *pegar* una arruinada, *poner* una maltratada.

Muy pocas son las deficiencias que podemos descubrir en este libro; y ninguna es de extrema importancia. Se echan de menos algunos textos dialectales en transcripción fonética, que hubieran servido para ejemplificar el habla de la región; aunque fue su propósito incluirlos, el autor tuvo que renunciar a ello, obligado por limitaciones de imprenta⁵. También habría sido conveniente incluir algunos mapas de la zona, para que el lector pudiera situar con precisión las localidades investigadas. Algunas de las cuestiones consignadas en la parte tercera —sintaxis— parecen

³ Muy pocas veces olvida Boyd-Bowman precisar estas circunstancias; cuando en la p. 35 registra las formas *sigundo*, *siguro* y *sigún* sin situarlas en un ambiente cultural determinado, quizá lo haga por evitar la repetición monótona de este tipo de especificaciones o por considerar que cualquier conocedor de las hablas hispánicas podría situar espontáneamente ese cambio vocálico dentro del lenguaje inculto o rústico.

⁴ El autor es, sin duda, verdadera autoridad en la materia, que le ha ocupado ya en otras ocasiones. Cf. su artículo "Cómo obra la fonética infantil en la formación de los hipocorísticos", *NRFH*, 9 (1955), 337-366.

⁵ Vaya también nuestra felicitación al Centro de Estudios Literarios de la Facultad de Filosofía y Letras, por haber impreso tan cuidadosamente una obra especializada como ésta, a pesar de las dificultades técnicas que presentaba.

tratadas con menor minuciosidad que las de carácter morfológico y fonético; así, el estudio de las construcciones perifrásticas resulta acaso un poco somero, sobre todo si tenemos en cuenta la fuerte inclinación del hablante mexicano hacia las perífrasis verbales, especialmente de gerundio. Detalles éstos de poca importancia si se comparan con los muchos aciertos del libro y con los beneficios que una investigación tan seria y completa puede proporcionar a la dialectología mexicana. Abriguemos esperanzas de que esta obra sirva de estímulo y de modelo para que otros estudiosos emprendan investigaciones similares a lo largo de todo el territorio mexicano.

J. M. LOPE BLANCH

Universidad Nacional de México.

JULIÁN CÁCERES FREYRE, *Diccionario de regionalismos de la provincia de La Rioja*. Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas, Buenos Aires, 1961; 203 pp.

Con verdadero interés recibimos todas las publicaciones sobre el español de América. La que ahora nos ocupa es una útil aportación al conocimiento del habla argentina, una de las variedades lingüísticas de Hispanoamérica relativamente mejor conocidas.

Obra realizada con gran cariño y dedicación, recoge en sus páginas informaciones de muy variado carácter; a más del material propiamente léxico, nos ofrece —aunque en forma asistemática e imprecisa— testimonios de diversos fenómenos fonéticos populares: casos de aféresis (como *cequia*, *nagua*, *tiricia*); de prótasis vocálica o consonántica (*amejorar*, *amolestar*, *dentrar*, *dir*); vacilación en el timbre de algunas vocales átonas (*centura*, *cubija*, *devertir* y *divirtir*); equivalencias acústicas (*aspamentero*); diptongaciones analógicas o monoptongaciones de diptongos (*dentrar*, *fuerzudo*, *enderiezar*, *queto*); cambios acentuales (*molestia*); casos de disimilación diferenciadora (*ciudar*) o eliminatoria (*propetario*); formas hipocorísticas (*Rucho*, de Rosario; *Shusha*, de Azucena). Asimismo se documentan diversos fenómenos gramaticales, más que léxicos: cambios de género (*chamiza*, *el costumbre*); conservación del género antiguo (*fantasma*, *tema*, femeninos) o acomodación del morfema al género gramatical (*grandoto*); cruce o confusión de prefijos (*almitir*, *alvertencia*, *disvariar*, *escuro*); vitalidad del diminutivo (*allita*, *ahicito*, *esito*, *lueguito*); uso normal del artículo con nombres propios de persona (*la Luisa*); conservación del interrogativo *cúyo*, y de otras formas populares antiguas (*dende*, *ande*, etc.), fenómenos todos ellos ampliamente documentados en las más variadas zonas lingüísticas de base española.

Aunque el autor declara, precavidamente, que sólo ha “intentado rastrear la etimología de aquellas voces cuyo evidente origen no puede dar lugar a discusión”, creo que en algunos casos se ha dejado arrastrar por la autoridad de los lexicógrafos que ha consultado, incurriendo así en los mismos errores que ellos. No veo, en efecto, por qué ha de derivarse la palabra *chirle* ‘aguanoso, líquido’ del quechua *chirli*, siendo voz ampliamente documentada en la Península ibérica, de origen —como